

LA DIPLOMACIA DE LA INTELIGENCIA

José Jerónimo Moscardo de Souza

JOSÉ JERÓNIMO MOSCARDO DE SOUZA
Embajador de Brasil en Costa Rica.



Consideraciones alrededor de la contribución de Costa Rica a la posmodernidad. El arte de vivir "a la tica"

Abundancia material y carencia vital

La humanidad atraviesa una etapa en la que la ética calvinista, consagrada por el capitalismo, se encuentra en crisis bajo el impacto de la revolución posindustrial. Se trata de una transición radical entre una civilización cuya base era la industria pesada y la extensión de la jornada de trabajo hacia una nueva sociedad económica, cuyo modo de vida está fundado en la expansión del sector terciario y la creación de un tiempo de ocio. Así, el "tiempo libre" tiende a predominar de manera revolucionaria como una consecuencia del rápido crecimiento de la automatización de los países desarrollados.

Esta revolución que ya se delinea en los centros de poder mundial manifiesta, de forma evidente, un conflicto paradójico entre el primer mundo y los países en desarrollo, en especial los iberoamericanos.

Los valores de la cultura capitalista y comercial que siguen predominando en el conjunto de los países tecnológicamente avanzados son, hoy, nociones moribundas y sin vigencia futura. Se trata de conceptos obsoletos que, retomados tardíamente en la periferia, tienen incidencia negativa sobre nuestros proyectos de vida. Esta expansión del economicismo, inspirada en el ideal calvinista de que "el tiempo es dinero", constituye uno de los mitos más anacrónicos y estériles que ensombrecen las perspectivas humanas en gran parte del mundo contemporáneo. Esto es irónico porque dentro de nuestra cultura iberoamericana, constantemente amenazada por el consumismo infantil, se encuentra con toda pureza y ferilidad una auténtica concepción posmoderna de la existencia, inspirada en

la convicción que nosotros, los hispanos, compartimos: la certeza de que el tiempo no es dinero y sí "vida", "pura vida".

Así, para provecho inmediato y futuro "avance existencial" de los propios países desarrollados, se impone la preservación de nuestro estilo de vida contra las tentativas avasalladoras y pueriles de la vida mística antilúdica y calvinista. No debemos olvidar que, según el gran sociólogo brasileño, Gilberto Freyre, las grandes civilizaciones industriales modernas, ya sean las capitalistas, sean las intituladas marxistas, se encuentran dominados por la obsesión de que nunca deberían perder el tiempo, de gastarlo, de desperdiciarlo; y sí salvarlo, economizarlo, guardarlo como capital.

Mientras tanto, ¿qué pasa en el mundo desarrollado y en los países que vienen adoptando, miméticamente, el mito calvinista de los desarrollados? El "money maker" es todavía la figura social a ser emulada. Estos países han olvidado sus grandes valores humanísticos y lo que les queda es supervalorizar a los triunfadores de competencias físicas o económicas.

Lo que pasa es que en varias sociedades superindustrializadas el hombre-medio no sabe qué hacer con su creciente tiempo de recreación; tanto así que, en lugar de reposo y reflexión creadora, este espacio está amenazando a un gran número de individuos, con el hastío que, en otros tiempos, era exclusivo de los ricos "Ulasés". Sin duda alguna los índices de suicidarse, el consumo de drogas, la fatiga, el aburrimiento y la diversión violenta o solamente física están correlacionadas con esos modelos de sociedad.

Al mundo desarrollado, inmerso en la abundan-

cia material, el progreso técnico y la carencia ética, le parece faltar una *filosofía prestigiadora de valores contemplativos que sean expresión de impulsos estéticos, lúdicos, religiosos y filosóficos. Valores humanos que predominen sobre los falsos valores activistas.*

No es posible contrarrestar tales tendencias solamente con leyes políticas, ni con puras soluciones de carácter jurídico. *Un nuevo tipo, una nueva dimensión de adaptación a las condiciones posmodernas de vida, de convivencia, de existencia y de experiencia es lo que necesitamos, Norte y Sur, Este y Oeste, hoy, cuando el sistema internacional es global y también la economía adquiere un carácter universal. Esas nuevas condiciones implicarán también toda una nueva filosofía de vida.*

Costa Rica como modelo

En este contexto, para nosotros Costa Rica, no es solamente un país hermano latinoamericano, sino un notable paradigma político y social.

Invoco, pues, la necesidad de que contemplemos la realidad costarricense desde dos perspectivas: la espacial y la histórica. Desde Brasil podemos hablar de Costa Rica con un cierto distanciamiento espacial, aunque con proximidad afectiva.

En efecto, la historia de la Humanidad ha sido dominada por la idea romana del Estado y de sus manifestaciones patológicas, entre ellas el Imperio. La historia no acostumbra registrar versiones reactivas al credo imperial. Así es como asociamos a Roma con el poderío militar

y a Cartago con el poderío económico. Esta memoria histórica unilateral está acompañada de toda la liturgia de los Césares y de los Napoleones.

Nos sorprende y nos preocupa que en 1991 sigan sobrando los héroes y los mitos de guerra y escaseen los héroes de la paz y de la concordia entre los pueblos. Es en este "contexto de carencia" que cabría resaltar la magnífica contribución de Costa Rica para la formulación de un modelo histórico alternativo: el de la República antiimperial. Se trata de una nueva concepción del Estado que busca su fuerza no en las armas ni en el poderío económico, sino en la vigencia de sus concepciones éticas.

Es verdad que a lo largo de la historia, surgieron formulaciones individuales profundamente críticas del crecimiento excesivo del Estado y de todas sus perversiones. Para no hablar de Cristo y de San Francisco de Asís, basta recordar al mundo moderno las doctrinas y vidas de Gandhi y de Albert Schweitzer. Pero lo que me parece admirable es que Costa Rica haya creado uno de los felices momentos históricos en que esas concepciones antiimperialistas trascienden la órbita individual y se cristalizan en un destino colectivo.

Esta me parece la gran contribución del genio



político de los costarricenses, esos romanos de la modernidad, que emulan los hijos de Roma en la virtud política y se consagran como antiromanos en su aversión radical a las manifestaciones perversas del poder.

Para comprender el aporte de Costa Rica a la creación de modelos democráticos y de nuevos estilos de vida en el mundo actual, es necesario un profundo esfuerzo de atención que valore en la medida correcta la trayectoria de Costa Rica.

Al contrario de la construcción material de un país, algo tan fácil de hacer como de ver, la construcción institucional y moral de una nación es obra costosa, demorada, de bajísima visibilidad, pero con resultados permanentes en el plano profundo de la cultura.

Realmente, todos nosotros, hasta los turistas desavisados, tenemos ojos para las carreteras, las represas, los ferrocarriles, los parques industriales y las zonas francas; pero cuánta sensibilidad y criterio son necesarios para adivinar el esfuerzo secular, el coraje, la audacia, el sacrificio personal que están por detrás de la concepción de ciudadanía vigente en Costa Rica.

Me corresponde resaltar el admirable estilo de vida costarricense, caracterizado por la ausencia del miedo, de la coacción y por el respeto a la ley y la reverencia a la vida.

La democracia en Costa Rica ha sido reiteradamente conmemorada como un producto final. Por tal motivo, inclusive los costarricenses se ven inhibidos de resaltar lo excepcional que fue alcanzarla, en términos políticos y sociales.

No obstante, desde una perspectiva brasileña, Costa Rica no es una esfinge para descifrar sino un modelo transparente del arte de vivir. Tal vez convenga sugerir la creación de un índice internacional de felicidad "per capita" para hacer justicia a la dimensión de cordialidad y de afecto presentes en el diario vivir de Costa Rica, no comparable al de ningún otro país que yo conozca.

Los recientes cambios en la URSS, que implicaron el desmoronamiento del Imperio soviético, la mayor concentración de poder militar en la historia mundial,

nos invitan a pensar en la posibilidad de un nuevo modelo antiimperial de comportamiento, que sería concretizado por naciones como Costa Rica, en calidad de potencia moral.

En efecto, hasta el presente la agenda internacional viene siendo dominada básicamente por las preocupaciones estratégico-militares y económicas. El hombre ha sido visto solamente como soldado o como diplomático en el área clásica de la guerra y de la paz, o como consumidor de productos en la esfera de la economía.

El gran ausente ha sido siempre el ciudadano común, los problemas creados en el contexto de sus valores, de sus problemas éticos. Así es que, aunque no haya resuelto de manera global sus problemas de supervivencia material, la humanidad enfrenta desafíos éticos cada vez más serios y profundos, que resultan casi en la imposibilidad de la plena realización de la persona humana. De ahí la importancia de las construcciones institucionales y éticas.

Tanto en el sistema socio-político como en los detalles de la vida cotidiana de sus habitantes, encontré condiciones que sitúan a Costa Rica como país único en el mundo. Hechos masivos que hacen dudar acerca de las bases sobre las que se definen nociones como subdesarrollo o atraso.

Costa Rica, para mí, es una nación adulta. Pocas palabras han sido tan ciertas como las que pronunció el cientista político brasileño Celso Lafer sobre esta nación: "una de las cosas más interesantes sobre la identidad internacional de Costa Rica, es que tiene una actuación muy significativa en el campo ético. La democracia, la paz, la función específica que tiene Costa Rica no solamente en América Central, sino como paradigma para América Latina, le da más importancia internacional que no se explica en el área económica, ni en el campo estratégico-militar. Se trata de una nueva clase de protagonista internacional: una verdadera potencia moral".

Después de haber convivido con los costarricenses durante casi cuatro años, de haber testimoniado con entusiasmo la lucha de Costa Rica por la paz en el Istmo, de haber participado en una Reunión la paz en

el Istmo, de haber participado en una Reunión de Cúpula Hemisférica para conmemorar la democracia costarricense, tengo una deuda existencial con Costa Rica.

Aquí me enriquecí con una dimensión propicia a la realización de la personalidad humana. Deseo, pues, a este país con un sueño. El sueño de que proyectemos el modelo de Costa Rica, en toda su vitalidad, más allá de sus fronteras, como un paradigma del arte de vivir con paz y felicidad.

Se trata de transformar San José en un centro del pensamiento y la cultura democráticos, con miras a la aproximación cultural de los latinoamericanos. Con este núcleo de pensamiento crítico trataríamos de emular el extraordinario papel desempeñado en las décadas pasadas, desde Santiago de Chile por la CEPAL. Buscaríamos integrar la América Latina en las áreas cultural y política, teniendo como inspiración el extraordinario espacio abierto a la realización de la ciudadanía y de la persona humana por las instituciones políticas y por el "modus vivendi" costarricense.

No obstante, este sueño debe ser asociado a lo que dice Lewis Mumford: "la época contemporánea es de aquellos períodos en que solamente los soñadores son verdaderos hombres prácticos. Por la misma razón los llamados hombres prácticos se convirtieron en creadores y perpetuadores de pesadillas."

28 de noviembre, 1991.

